metían ya se había extendido, acudieron algunos y entre ellos fueron principales Juan Velázquez de León, pariente de Diego Velázquez, Alonso Hernández Portocarrero, Gonzalo de Sandoval, Rodrigo Rangel, Juan Sedeño, Gonzalo López de Ximena y Juan López, su hermano. Y también embarcó los indios que pudo haber para el servicio. Pasó a la villa de San Christóbal (que a la sazón estaba en la costa del sur, que después se pasó a la Habana), y allí cargó de todo el bastimento que pudo, pagándolo como pagaba lo otro.

CAPÍTULO VII. *De cómo Fernando Cortés prosigue su viaje a Nueva España y prevalece contra los estorbos de Diego Velázquez que pretendían impedirle la jornada; y reparte su gente y nombra capitanes*

QUEDÓ DIEGO VELÁZQUEZ con la partida repentina de Cortés tan lastimado, que si entonces pudiera es muy de creer que se le opusiera y quitara el armada; pero como estaba en tierra y desapercibido y Cortés en la mar y con gente armada, sufrió con paciencia lo que de corazón vengara. Y viendo su desobediencia y juzgándole ya por hombre alzado, desconfiaba de él cualquiera buena correspondencia; aunque por otra parte le hacía fuerza ver que se preciaba de honrado; y por aquí hallaba puerta para creer que no tan de todo punto había de faltar a buenos términos como se le representaba, ni que haría cosa que pareciese indigna de quien era y que se pudiese llamar desconocimiento ni ingratitud; y aunque conocía el engaño de Amador de Láriz, disimulaba con él porque veía que no podía remediarlo; pero sus deudos Juan Velázquez (que llamaron el Borrego), Bernardino Velázquez y otros, afeando el hecho, le indignaban y asimismo Juan de San Millán (que llamaban el Astrólogo) y le persuadían que revocase los poderes a Fernando Cortés, diciendo que no esperase de él ningún reconocimiento y que se acordase que le tuvo preso y que era mañoso, y que si presto no lo remediaba lo echaría de parte y se quedaría con todo.

Con estas irritaciones y cosas que le decían estos hombres a Diego Velázquez se determinó a enviar dos mozos de espuelas, de quien se fiaba, que harían las diligencias que deseaba con mandamiento y provisiones para Francisco Verdugo, su cuñado (que era alcalde de la villa de la Trinidad), dándole comisión para que detuviese el armada; porque ya Fernando Cortés no era capitán y se le habían revocado los poderes. Escribió a Diego de Ordás, a Francisco de Morla y a otros, para que ayudasen en ello a Francisco Verdugo. Aquí se encuentran los coronistas Francisco López de Gómara y Antonio de Herrera; porque Herrera dice:[1] que Fernando Cortés, a quien no se le encubrió mucho lo que pasaba, habló en secreto a Diego de Ordás, que ya era vuelto del Cabo de San Antón y a todas las de-

[1] Decad. 2, lib. 3, cap. 13.

más personas que le pareció que podían favorecer el intento de Diego Velázquez, y procuró que el mismo Diego de Ordás hablase a Francisco Verdugo y le dijese que hasta entonces no había visto ninguna novedad en Fernando Cortés, sino que siempre se mostraba servidor de Diego Velázquez, y que cuando todavía quisiese intentar de quitarle el armada, advirtiese que Fernando Cortés tenía muchos caballeros amigos y muchos soldados a su devoción, y que le parecía que sería poner cizaña en la villa y dar ocasión a que la saqueasen u hiciesen algún daño semejante. Y que así no se trató de ello. Pero Gómara dice que a esta sazón llegaron con una carabela Pedro de Alvarado, Christóbal de Olid, Alonso de Ávila y Francisco de Montejo y otros muchos de la compañía de Grijalva, que fueron a hablar con Diego Velázquez y que iba entre ellos un Garnica, con cartas de Diego Velázquez para Cortés, en que le rogaba que esperase un poco, que iría él o enviaría a comunicarle algunas cosas que convenían a entrambos. Y otras para Diego de Ordás y para otros donde les rogaba que prendiesen a Cortés; y que Ordás convidó a Cortés a un banquete en la carabela que llevaba a su cargo, pensando llevarle con ella a Santiago; mas que entendida la traza por Cortés fingió, al tiempo de la comida, que le dolía el estómago y no fue al convite. Y porque no aconteciese algún motín se entró en su navío y hizo señal de recoger (como es de costumbre) y mandó que todos le siguiesen y fuesen tras él a San Antón. Esto dicen estos dos historiadores; pero yo tengo a Cortés por tal que haría lo uno u lo otro u ambas cosas juntas como fuesen hacederas; porque el que procura escapar de las manos del enemigo (y más como ya lo era Diego Velázquez para Cortés) ha de poner los medios más eficaces que pudiere para conseguir su intento. Y lo más que hubo en este caso fue, que no sólo convirtió Cortés a su parecer y gusto a los que tenían poder para prenderle, sino a uno también de los que trajeron esta comisión, que fue Pedro Laso, que se fue con él en el armada. Y con Garnica escribió a Diego Velázquez que se maravillaba de su merced de haber tomado aquel acuerdo, y que su deseo era de servir al rey y a él en su nombre y que le suplicaba que no oyese más aquellos caballeros, sus deudos. Y también escribió a sus amigos Amador de Láriz y Andrés de Duero y otros.

Partido el mensajero con este despacho, así de Francisco Verdugo como de Fernando Cortés, mandó solicitar el buen avío de la armada, apercibir las armas y que dos herreros que había en la villa hiciesen a priesa casquillos y a los ballesteros que desbastasen almacenes para que tuviesen muchas saetas. Y pareciendo a Fernando Cortés que ya no tenía que hacer en el puerto de la Trinidad, se embarcó con la mayor parte de la gente para ir a la Habana por la parte del sur y envió por tierra, con los que quisieron ir, a Pedro de Alvarado para que fuese recogiendo más soldados que estaban en ciertas estancias de aquel camino; porque Pedro de Alvarado era apacible y tenía gracia de hacer gente de guerra. Y también mandó a Escalante, que era grande amigo suyo, que fuese en un navío, por la banda del norte y que los caballos fuesen también por tierra. Llegó Alvarado, Escalante y los caballos y todos los navíos de la armada a la Habana. So-

lamente faltaba la nao capitana, que se había desaparecido de noche, que como era navío de cien toneladas y era el mayor de toda la flota, de más porte, tocó en el paraje de los jardines y quedó algo en seco, y usando Cortés de su gran diligencia y ánimo, de presto lo hizo descargar, porque había donde y muy cerca, y como el navío estaba ligero pudo nadar y lo metieron en más fondo, y luego volvieron a cargarle y así comenzaron a caminar. Mientras esto pasaba, estuvieron cuidadosos los otros compañeros viendo que la capitana faltaba y que no venía; y al cabo de tres días que aguardaban y que no parecía trataron de salir a buscarla y sobre quién saldría estuvieron dando y tomando entre todos y aun andaban ya estas gentes tratando de quién sería gobernador hasta tanto que Cortés pareciese. En esto estuvieron otros dos días, y al cabo de estos cinco entró Cortés en el puerto; quedaron todos contentos y quitados de cuidado y fue muy bien recibido y aposentado en casa de Pedro Barba, teniente de Diego Velázquez y allí mandó poner su estandarte y dar pregones de la jornada. Acudieron Francisco de Montejo y Diego de Soto, el de Toro, Angulo, Garci Caro, Sebastián Rodríguez, Pacheco, Roxas, Santa Clara, dos hermanos Martínez y Juan de Nájera, todos hombres de suerte.

Habiendo, pues, entendido Cortés los humos que se habían comenzado a levantar en su ausencia y que uno de los que más los fomentaban y atizaban el fuego era Diego de Ordás (que por las cosas que intentaba, parecía no haberle dado el corazón con tanta fidelidad, como Jonathás a David), envióle en un navío para que en un pueblo de indios que estaba en la punta de Guaniguanico cargase de cazabi y tocinos, con orden y mandato de que aguardase allí a la armada. Ésta es astucia de astutos y sagaces capitanes, cuando conocen ánimos desasosegados e inquietos, de cuyos consejos se pueden esperar motines y diferencias; y de esta astucia y sagacidad (dice Plutarco) que solían usar los romanos cuando se gobernaba Roma con discreción y prudencia; y que se verificó esta verdad en Furio Camillo, el cual entretuvo sus soldados sobre el cerco de los phaliscenses más tiempo del conveniente, porque vueltos a Roma no la inquietasen con una perniciosa pretensión que los tribunos traían. En el ínterin se daba mucha priesa en aderezarse; mandó sacar a tierra la artillería, que eran diez tiros pequeños de bronce y algunos falconetes. Dio el cargo de ella a Mesa. Ordenó a Juan Catalán Arvenga y a Bartolomé de Usagre que le ayudasen a limpiarla y a refinar la pólvora. A los ballesteros que aderezasen las cuerdas, nueces y almacén y mirasen a cuántos pasos llegaba la furia de cada ballesta. A otros ordenó, que pues en aquella tierra de la Habana había mucho algodón, que hiciesen armas defensivas bien colchadas para resistir la flechería, pedradas, varas arrojadizas y lanzas de los indios.

Comenzó aquí a tratar su persona, como general; porque puso casa con mayordomo, camarero y mastresala y otros oficiales, hombres de honra. Y estando todo apercibido y a punto de partirse llegó Gaspar de Garnica, criado de Diego Velázquez, el cual sentido de su cuñado, Francisco Verdugo, de Diego de Ordás y de las demás personas a quien había ordenado que en la villa de la Trinidad detuviesen el armada, le enviaba con provi-

siones para que Pedro Barba, su teniente en la Habana, prendiese a Fernando Cortés y con cartas para Diego de Ordás, Juan Velázquez de León y para otros deudos y amigos que para ello favoreciesen y ayudasen al teniente. Diósele aviso de esto a Cortés, por Amador de Láriz y Andrés de Duero y un fraile de la Merced, de los que estaban en Cuba. Y como ya había apartado de sí a Diego de Ordás, por ser hombre de autoridad y la otra persona de quien más podía temer era Juan Velázquez de León, hombre de reputación y de valor y de muchos amigos, acordó de hablarle en secreto y de tal manera trató con él y con otros que de la misma suerte que lo había hecho en la villa de la Trinidad, se disimuló en la Habana; y el teniente Pedro Barba escribió a Diego Velázquez, con el mismo Gaspar de Garnica, que sus mandamientos llegaron muy tarde porque demás de que Fernando Cortés se hallaba con muchos soldados, todos le tenían buena voluntad y de ellos era bien quisto y temía que cuando algo intentara no pudiera salir con ello, antes se ponía en peligro de que lo saqueasen y robasen y lo llevasen consigo y que él no había visto en Cortés señales sino de hombre que mucho le deseaba servir y agradar. También le escribió el mismo Fernando Cortés certificándole que era muy su servidor y rogándole que no diese crédito a nadie que otra cosa le dijese. Y porque le parecía que aquellos movimientos no le podían ser de ningún provecho deteniéndose más en la isla de Cuba solicitó con más cuidado y diligencia su partida. Mandó embarcar los caballos y que Pedro de Alvarado fuese en el navío San Sebastián, por la banda del norte, a la Punta de San Antón y que dijese a Diego de Ordás que también aguardase, porque con mucha brevedad se iba a juntar con ellos.

Y teniendo ya todas sus cosas puestas en orden y pareciéndole que ya no convenía detenerse más, porque podía haber peligro en la tardanza y se entendía que Diego Velázquez quería venir en persona (donde con su llegada pudiera haber muchos alborotos y escándalos), quiso partir sin ruido y embarcando su gente salió del Habana con nueve navíos por la banda del sur, la vuelta del Cabo de San Antón, y allí se juntaron todos los once que estaban de flota y armada y tomó muestra a la gente, halló quinientos y ocho soldados; y según cuenta Gómara, quinientos y cincuenta: ciento y diez entre maestres y marineros; diez y seis yeguas y caballos; treinta y dos ballesteros; trece escopeteros; diez piezas de artillería de bronce; cuatro falconetes con buen recaudo de pelotas y pólvora. Nombró por capitán del artillería a Francisco de Orozco, que había sido soldado en Italia y era hombre de valor. Hizo piloto mayor a Antón de Alaminos; repartió la gente en once compañías, encargólas a los capitanes Alonso Hernández Portocarrero, Alonso de Ávila, Diego de Ordás, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Saucedo, Juan de Escalante, Juan Velázquez de León, Christóbal de Olid y Pedro de Alvarado y otra tomó para sí; y cada capitán se embarcó en un navío para serlo de mar y tierra. Y fue cosa notable, que con la sospecha que andaba de Diego Velázquez no mostró desconfianza de ninguno de todos cuantos iban en la armada, aunque había muchos amigos y parientes suyos.

Iban ducientos isleños de Cuba, para carga y servicio; ciertos negros y algunas indias. Halláronse cinco mil tocinos, seis mil cargas de maíz, yuca y chile, muchas gallinas, azúcar, vino, aceite, garbanzos y otras legumbres. Llevaba mucha buhonería, cascabeles, espejos, sartales, cuentas de vidrio, agujas y alfileres, bolsas, agujetas, cintas, corchetes, tijeras, cuchillos y otras muchas cosas a este tono, que eran las con que se contrataba y rescataba entre los indios, y sacó, en Santiago, de una tienda sola setecientos pesos de ellas. La nave capitana era de cien toneladas, que Diego Velázquez (como quien había gastado veinte mil ducados en esta armada) la había escogido; otras dos había de a ochenta; pero las más eran pequeñas y sin cubierta. La bandera u estandarte que llevó Cortés en esta jornada era de tafetán negro con cruz colorada, sembradas unas llamas azules y blancas y una letra por orla que decía: sigamos la cruz y en esta señal venceremos. Éste fue el aparato que Cortés hizo para su jornada; con tan poco caudal ganó tan grandes reinos. Ésta fue la flota que trajo (y no mayor ni menor) a estas tierras tan extrañas, que aún no se sabían de los hombres de nuestro viejo mundo. Con tan poca compañía venció inumerables indios; y nunca jamás hizo capitán con tan chico ejército tales hazañas, ni alcanzó tales victorias, ni sujetó tamaño imperio. Porque de Jedeón sabemos que con trescientos soldados solos venció a enemigos sin cuento; pero esto fue por particular milagro que Dios obró en aquella batalla, como se cuenta en el *Libro de los jueces* y con particular traza suya. Viriato se defendió de los romanos por muchos años en España, como cuentan las historias antiguas, pero haciendo emboscadas y con cinco y seis mil hombres de pelea; pero Cortés con esta gente dicha, y cuando más tuvo no llegaron a mil y quinientos, y estos solos asolaron y destruyeron todas estas indianas gentes; que para hablar propiamente es mejor decir: que aunque ellos hicieron la guerra con sus personas, Dios fue el que la vencía con su clemencia y poder, mostrando en estos vencimientos las grandezas de sus maravillas; porque de otra manera era caso imposible escapar con vida ninguno de todos los que entraron con esta armada (como en otra parte decimos). Y con estas contradiciones comenzó su jornada Cortés, porque por semejantes peligros y rodeos corren su camino los muy excelentes varones hasta llegar donde les está guardada su buena dicha.